

Reseña *El maestro ignorante*, de Jacques Rancière

Christian Ferreiro Gutiérrez. Licenciado en filosofía, profesor y redactor

Recibido 03/10/2020

“La historia de la pedagogía tiene ciertamente sus extravagancias. Y éstas, por lo que revelaron de la extrañeza misma de la relación pedagógica, han sido a menudo más instructivas que sus proposiciones razonables. Pero, en el caso de Joseph Jacotot, se trata de otra cosa que de un artículo más en el gran almacén de las curiosidades pedagógicas”¹.

Así comienza el prólogo a la 2ª edición española de la obra del filósofo francés Jacques Rancière, *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. En esta breve pero emotiva obra, Rancière presenta la historia de Joseph Jacotot, maestro de retórica durante la época de la Francia postrevolucionaria que llevó a cabo un peculiar método de enseñanza radicalmente diferente de toda pedagogía: uno basado en la igualdad de las inteligencias. A través de su historia, Rancière nos introduce en la reflexión fundamental que toda persona docente ha de hacerse: el fin de la educación.

Esta obra se estructura en cinco capítulos. El “método explicador” y la “Enseñanza universal” son contrapuestos en base a la “ficción de la incapacidad” en el primer capítulo, y seguidamente, el método de Jacotot es expuesto en base a sus diversos principios durante el resto de los capítulos. En el segundo capítulo, se establecen las características de la Enseñanza universal y la importancia de la “cosa común” (en este caso, el libro) como centro en torno al que debe girar toda educación. La educación como acto poético se lleva a cabo en el tercer capítulo, además del papel esencial que juegan la verdad y la veracidad en ello. Finalmente, en los capítulos cuarto y quinto, Rancière expone cómo se ha dado la desigualdad social y cómo esta se sigue

¹ Rancière, J. (2010). *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Laertes.

reproduciendo actualmente incluso por las pedagogías más progresistas, proponiendo una “filosofía panecástica” como medio para la emancipación de toda persona.

El método del maestro ignorante

La historia del francés Joseph Jacotot comienza en la época posterior a la Revolución Francesa. Habiendo servido como artillero en el ejército de la República en 1792, llegando a ser director de la Escuela Politécnica, Jacotot fue maestro de retórica en Dijon. Allí impartía clases de análisis, ideología, lenguas antiguas, matemáticas, etc. Tras la Restauración borbónica, se vio obligado al exilio y fue acogido en Países Bajos, donde ejerció de profesor en Lovaina. En esa escuela se dio un fenómeno muy extraño: ni el maestro sabía hablar holandés, ni el alumnado sabía hablar francés. Sin embargo, Jacotot ideó lo siguiente: utilizar la versión francesa del *Telémaco* de François Fénelon como objeto de estudio común, mediante el cual tanto el alumnado como el maestro aprendieron los unos de los otros, además del nuevo idioma. Día a día, observando el propio texto, repitiendo lo sabido y comparándolo con lo nuevo conocido, practicando una lectura atenta.

520

Nº 99
abril
2021

Hasta ese momento, Joseph Jacotot representaba el paradigma clásico del maestro, a quien se le presupone el saber, como instructor del alumnado, a quienes se les presupone la ignorancia. En esta relación, el maestro *explica* al alumnado los elementos del conocimiento, de lo más simple a lo más complejo, conforme a la destinación social de cada cual: gobernar a las élites, fabricar instrumentos, construir zapatos...

Sin embargo, en su azarosa experiencia holandesa, Jacotot tuvo una revelación: “se puede enseñar lo que se ignora”

Primer principio: “se puede enseñar lo que se ignora”

Jacotot logró desvelar lo que él llamó “el mito de la pedagogía”: el pedagogo, en la medida en que es *explicador*, construye la ficción de la incapacidad. Con esta trampa, el maestro necesita ser explicador y necesita que el alumnado sea *ignorante*, y gracias a esto, legitimarse como poseedor de un saber que ha de ser transmitido. Este es el mito de la pedagogía: partir de la división del mundo en individuos sabios e ignorantes,

capaces e incapaces, inteligentes y estúpidos. Pero Jacotot entendió que este conocimiento adquirido por el alumnado no sería otra cosa que el conocimiento de las explicaciones del maestro, cuyo único resultado es la reproducción de esa misma relación de poder entre explicador y explicado, entre maestro e ignorante.

Ahora, el alumnado de Jacotot parecía negar esto. A pesar de que lo ignoraban en primera instancia, lograron llegar al aprendizaje del mismo modo que aprendieron su propia lengua materna: observando y reteniendo, repitiendo y comprobando, relacionando lo que conocían con lo que tenían por conocer, reflexionando sobre lo dado, mediante una lectura *atenta*. En suma: *adivinando*, con la voluntad de reconocer la palabra que un ser humano, Fénelon, les dirigía a ellos y a la que quieren responder, no como alumnos, sino como seres humanos. Esto es, bajo el signo de la *igualdad*. Jacotot entendió que, si el fin de la educación debía ser la emancipación y la autonomía de las personas, entonces el fin del maestro debía ser negarse a sí mismo, llegar al punto en el que el maestro deje de ser maestro, y el alumnado deje de ser alumnado, y establecerse en pie de igualdad.

Segundo principio: “Todo está en todo”

Jacotot se contrapone a “el Viejo” método explicador, según el cual “es necesario aprender *tal* cosa, y después *tal* otra y *tal* otra”. Este método parte del principio de selección-progresión-incompletitud: el maestro selecciona *qué* debe enseñarle al alumno, que parte de la ignorancia e irá adquiriendo conocimientos en una progresión hasta el infinito, dando cuenta de la eterna incompletitud de su inteligencia. En su lugar, Jacotot plantea una “Enseñanza universal”, según la cual “es necesario aprender *alguna* cosa y relacionar con ella todo el resto”. De manera radical, se plantea lo siguiente: “todo está en todo”. Es decir, es necesario partir de un objeto de estudio, como puede ser el *Telémaco*, y poner en marcha el ejercicio de la inteligencia mediante la voluntad. “Todo está en todo”: toda la potencia del lenguaje está en el libro como totalidad, donde ni el maestro ni el alumnado se ocultan nada entre sí.

Bajo el principio de la desigualdad, el viejo método explicador *atonta*: hace entender que el alumnado no podría jamás aprender nada por sí solo. Jacotot, que pretende su emancipación, se relaciona con el alumnado bajo el principio de la

igualdad: no importa tanto, en primera instancia, *qué* cosa común se utilice para aprender (un libro, etc.), pues siempre hay algo que el alumnado, como ignorante, sabe y que puede utilizar de punto de referencia con el que relacionar cualquier cosa nueva por conocer.

Tercer principio: “todas las inteligencias son iguales”

A la pregunta reiterada eternamente “¿por qué hay desigualdad?”, y a su igualmente reiterada respuesta “porque tal o cual alumno tiene mayor o menor *capacidad*”, Jacotot se mantiene radical: no es la capacidad, sino la *atención*. El ser humano es voluntad servida por una inteligencia, y solo una “voluntad razonable”, guiada por el compromiso del estudio atento y de hablar con el semejante, podrá elevar a quien dice “no puedo”. Tal y como lo concibe Jacotot en su filosofía panecástica, la igualdad de las inteligencias no es un fin al que llegar, sino todo lo contrario: es un principio que mantener en todo momento.

Es la distracción la que genera las diferencias de rendimiento en unos y otros alumnos, y no las capacidades. Toda sociedad ha sido movida históricamente por el sentimiento de la desigualdad de las inteligencias. Y no son sino las instituciones y los maestros explicadores quienes, de principio, codifican cómo debe ser la relación entre individuos y las jerarquías a seguir. Sin embargo, la desigualdad solo es pensable y posible sobre la base de la igualdad de las inteligencias: “es precisamente porque somos todos iguales por naturaleza que debemos ser todos desiguales por las circunstancias”². El sometimiento recíproco del pueblo y el jefe es el principio básico de la ficción política como alienación original de la razón a la pasión de la desigualdad. Por tanto, solo el ser humano emancipado, esto es, de voluntad razonable, se vence a sí mismo y no se cree ni más ni menos que nadie. Y un ser emancipado solo puede realizar una única acción: emancipar al resto.

Cuarto principio: “un individuo puede todo lo que quiere”

² *Ibid.*, p. 122.

Todo ser humano “todo lo que quiere”. Esto no debe entenderse como un mero “quien quiere, puede” vacío, pues la cuestión está en aquello que *puede* todo ser humano cuando se entiende como *igual* que los otros y entiende a los otros como *iguales* a él. El ser racional es aquel ser que no se engaña a sí mismo y conoce su propia *potencia*.

No podemos *decir* la verdad de manera unívoca, sino solo *sentirla*. Por ello, la virtud primera de la inteligencia es la *poética*: el pensamiento se traduce, se divide, se relata mediante la voluntad de comunicar, de adivinar. “Uno quiere hablar, otro quiere adivinar, y eso es todo”³. La virtud poética implica la imposibilidad de decir la verdad, solo sentirla. El poeta no se engaña sobre lo que hace, no cree tener un conocimiento privilegiado de los sentimientos humanos respecto de sus oyentes. Todo lo contrario: trabaja y se esfuerza porque espera *ser comprendido* por los otros tal como él mismo lo comprende. La emancipación del alumnado no es otra cosa que aprender a comunicar poetizando, es decir, entender que el pensamiento propio es comunicable, y su emoción, susceptible de ser compartida con el otro. Todo poema es siempre la ausencia de otro poema, pues produce que los demás se emocionen, hablen y adivinen lo que el poeta les quiere transmitir: que son iguales que él. Es esta relación dinámica entre el poeta y el oyente la que Jacotot entendió como básica para una verdadera emancipación, pues el fin del maestro consiste en que el alumnado emplee tanta atención y tanta investigación para narrar lo que siente, y hacerlo experimentar a los otros a través del lenguaje.

Esta es la lección emancipadora del artista: que cada cual es artista en la medida en que, por un lado, hace de todo trabajo, no un mero oficio, sino un medio de expresión; y, por otro, comparte sus vivencias, no meramente experimentarlas. El artista, entonces, requiere de la igualdad para que esto sea posible. Sin embargo, la lección del explicador, dice todo lo contrario: la desigualdad.

Jacotot y Sócrates: ¿educar o instruir?

En todo abordaje de la educación, es inevitable visitar una y otra vez a Platón y a Sócrates como pioneros de todo método pedagógico. Sin embargo, Rancière llama la

³ *Ibid*, p. 91.

atención en un asunto clave: el método mayéutico de Sócrates conduce al esclavo a reconocer las verdades matemáticas que ya estaban en él, en un ejercicio de anamnesis o reminiscencia. Este camino lleva al conocimiento, pero no a la emancipación: cuando Sócrates le demuestra al esclavo el conocimiento, le desvela, a su vez, que no caminará nunca solo. Sócrates interroga a un esclavo que está condenado a serlo siempre.

Sócrates, en definitiva, pregunta para *instruir*. La instrucción está ligada a relaciones de poder, establecidas en “disciplinas” académicas y mediada siempre por instituciones que reproducen dichas relaciones. El maestro instructor *in-forma*: aplica sobre el estudiante formas y contenidos objetivos que tiene previamente el maestro en su manual. Pero, advierte Jacotot, la clave para la emancipación es la *educación*: el maestro educador introduce la empatía y al otro.

Jacotot, como maestro ignorante, es quien debe mantener al alumno en su búsqueda constante de su propio rumbo. Pero, antes incluso, el maestro tiene que estar él mismo emancipado: “conócete a ti mismo”. Contra la prohibición platónica, “no hagas otra cosa que lo que te es propio: no pensar –pues eso es de los filósofos–, sino hacer aquello que agota la definición de tu ser”, la Enseñanza universal niega que haya oposición alguna entre “conocimientos científicos” y “conocimientos manuales, del pueblo”: la emancipación no es otra cosa que reconocer que no hay dos inteligencias.

Por tanto, el mal original consiste en partir de este desnivel, de esta desigualdad: maestro/discípulo, sabio/ignorante, capaz/incapaz. Y esta desigualdad comienza en Atenas: fue Sócrates –y Platón– quien quiso construir dos mundos separados, entre quienes saben y quienes ignoran, entre un método bueno y un método malo de instrucción. El “no puedo” de aquel que se cree discípulo, ignorante e incapaz tiene su origen en la infidelidad a uno mismo. “Conócete a ti mismo”: todas las inteligencias son iguales. Decir “no puedo” es olvidarse de sí mismo.

¿Qué igualdad?

“Hay que anunciar a todos, por todas partes y en toda circunstancia, la buena nueva: se puede enseñar lo que se ignora. (...) Hay que dar el principio de esta instrucción: *hay que aprender alguna cosa y relacionar con ella todo el resto según este principio: todas las inteligencias son iguales*”⁴.

El fin de todo el alumnado de Jacotot no es otro que el de convencer al ignorante de su poder. La cuestión no es crear sabios, sino emancipar; no es sacar a nadie de su supuesta ignorancia, sino del desprecio de sí mismos. El método de Jacotot no puede darse mediante instituciones ni mediante la agenda de ningún partido político, pues “solo un hombre puede emancipar a un hombre”⁵. El fin de la educación no puede ser producir sujetos que construyan otros sujetos. Tampoco puede seguir reproduciendo las relaciones de poder entre maestro y aprendiz, entre sabio e ignorante, pues no será jamás una educación emancipadora.

La instrucción es como la libertad: “no se da, se toma”⁶. El Gobierno no debe al pueblo la instrucción porque no se debe al pueblo lo que puede tomar por sí mismo. Si el fin de la educación, y de la política, es la emancipación –la autonomía intelectual y moral–, esta no será dada por ninguna élite, sino que justamente empezará por la negación de la necesidad de la élite misma.

Rancière, de todos estos principios, defiende especialmente el primero: “se puede enseñar lo que se ignora”. Con Jacotot, son críticos con los progresistas de sus épocas respectivas: Jacotot entendió bien, desde su punto de vista postrevolucionario, los ilustrados pretendieron llevar a cabo una solución de compromiso con una pedagogía progresista tras una revolución fallida. Después de ver las profundas dificultades de cambiar la sociedad mediante la revolución, Jacotot entendió que no se puede transformar el mundo sin previamente transformarnos a nosotros mismos: “conócete a ti mismo”.

La pedagogía progresista ilustrada, según Jacotot, cae en la trampa de “el Viejo” método explicador: el progreso como perfeccionamiento parte del principio de que el ser humano-niño, el pueblo-niño, que ha de ser *pedagogizado* –‘Pedagogía’ es eso: ‘paidós’ (‘niño’) y ‘agein’ (‘conducir’), la conducción del niño–, siempre necesitará al

⁴ *Ibid.*, p. 137.

⁵ *Ibid.*, p. 138.

⁶ *Ibid.*, p. 144.

maestro. Más aún: que nunca lo alcanzará. Y, de esta manera, el viejo método explicador se reproduce a través de cualquier método progresista, pues parte del principio de la desigualdad de inteligencias.

El maestro ignorante es un maestro *amateur*, literalmente: ama los temas de los que va a hablar. Lo fundamental es el mapa para poder guiarse uno mismo y al resto, y dar cuenta que el maestro y el alumnado, para poder emanciparse, deben negarse a sí mismos: han de dejar de ser maestro y alumnado para ser, al fin, ciudadanos autónomos.